

que, a coro, cantando, aprendían niños y mayores; obrar en parecida forma con las oraciones; buscar a alguien más capaz y enseñarle especialmente para que, al irse él a nuevos lugares y tras nuevas conquistas, se encargara de repetir las toscas e ingenuas preces de la comunidad en ciernes en la capilla o iglesita que acostumbraba a levantar con sus propias manos. Y esto no una vez ni dos, sino incontables veces a todo lo largo de aquel largo territorio que iba recorriendo.

Mirad el mapa: en la primera mitad de su apostolado deja establecidos domicilios de la Compañía de Jesús en Goa, Pesqueria, Travancor, Molucas, Malaca, Santo Tomé de Meliapur, Coulam, Bazain y Ormuz.

En el Japón, donde desarrolló después el celo laborioso que puso en todas sus obras, dejó establecidas cuatro cristiandades: Cangoxima, Firando, Yamaguchi y Bungo, con 1.500 neófitos aproximadamente.

¡Qué inmensa, qué inconcebible capacidad de trabajo desarrolla San Francisco Javier! ¡Y cómo clama por nuevos operarios que le ayuden en tan ingente labor! Al rey de Portugal, a San Ignacio, a sus hermanos de Roma, escribe ardientes palabras. ¡Qué lejos del estudiante ambicioso que acudió a París por medios de fama, honra y beneficios, el misionero que dice ahora le «mueven pensamientos de ir a los estudios desas partes dando voces como hombre que tiene perdido el juicio... diciendo en Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar en ellas, cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por negligencia dellos!»! ¡Cómo ha hecho suya la divina sentencia! Ya no es tan sólo una sabia máxima que oyera de labios del compañero, de San Ig-

nacio, y que abriera ante sus ojos el verdadero camino; es más que eso: es la entraña íntima de su sentir y de su vivir.

El Gran Conquistador, que recorre infatigable aquellos remotos y extensos lugares, no busca honras ni beneficios. Trabaja por algo mucho más importante. Y, a no dudarlo, logra su deseo y ve cómo se van convirtiendo en luz sus anhelos. Pálidas, sin vida, sin valor, se aparecen las glorias terrenas ante los frutos de sus auténticas conquistas. Pensemos en ello, meditemos en las recompensas que, en medio de sus arduos trabajos, dentro de ellos precisamente, alcanza San Francisco Javier: aquel a quien no doblega la fatiga se siente desfallecer de gozo. ¡Y cómo se rompe su corazón de dicha por la abundancia de resultados! Nos lo imaginamos trémulo, incapaz de soportar la emoción, rasgadas las entrañas por ardientes dichas y sublimes deliquios, vislumbrando lo que sólo un santo como él es capaz de vislumbrar aún en su envoltura humana, lanzando su célebre exclamación: «¡Basta, Señor, basta!», anonadado realmente por divina felicidad, incapaz de resistirla en tal magnitud.

Esa es la lección suprema en la vida repleta de lecciones y ejemplos, del santo que nació en el castillo de Javier hace ahora algo más de cuatrocientos años. Aquel que ambicionó honras y beneficios y renunció a ellos cuando estaba en lo mejor de su logro, para dedicarse con toda la pasión de su alma apasionada a la conquista mayor y más sublime.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Por olvido involuntario se olvidó poner la firma en el número de julio al artículo Nuestro Señor Sant-Iago, que es de este mismo autor.